

DOMINGO XVIII ORDINARIO “A”

“Gusten y vean qué bueno es el Señor”

Is 55,1-3:	<i>“Dense prisa y coman”</i>
Sal 144,8-18:	<i>“Abres tú la mano, Señor, y nos sacias de favores”</i>
Rm 8,35.37-39:	<i>“Nada ni nadie podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo”</i>
Mt 14,13-21:	<i>“Comieron todos hasta quedar satisfechos”</i>

I. LA PALABRA DE DIOS

En el evangelio de hoy, Jesús sintió *«lástima»* del gentío y multiplicó los panes. Sus gestos y oración son los de la institución de la Eucaristía: *«tomando los cinco panes... pronunció la bendición, partió los panes y se los dio.»*

Destacan los contrastes entre *«la multitud»* y la escasez de recursos: *«cinco panes y dos peces»*; y entre estos recursos y el resultado: *«quedaron satisfechos y recogieron doce cestos llenos de sobras»*. Desde los comienzos, ya en las catacumbas, la Tradición contempló en el suceso un anuncio del banquete mesiánico del fin de los tiempos. Y entre el prodigio evangélico y el fin del mundo, se sitúa la Eucaristía, anticipo del banquete del Reino.

También a nosotros nos dice hoy Jesús: *«Denles ustedes de comer»*. Con cinco panes y dos peces – y la colaboración de los apóstoles– dio de comer a la multitud. Pero ¿qué hubiera ocurrido si los discípulos se hubieran guardado para ellos sus cinco panes y sus dos peces? ¿Y si no hubieran querido hacer el trabajo de repartirlo? Probablemente, o Jesús no hubiera hecho el milagro, o el pan del milagro no habría llegado hasta la gente; y varios miles se hubieran quedado sin comer y, sobre todo, se hubieran quedado sin conocer el poder de Cristo realizando tal milagro.

Lo mismo que a los discípulos, a nosotros no nos pide Jesús que solucionemos todos los problemas, ni que hagamos milagros. Los milagros los hace Él. Pero sí nos pide una cosa: colaboración; que nos pongamos a su disposición con todo lo que somos y tenemos, aunque nos parezca poco.

Ante el hambre de pan material y el hambre de la verdad de Cristo que tanta gente padece, ¿vas a negarle a Cristo tus cinco panes y tus dos peces? Con tantos pueblos y comunidades cristianas sin sacerdotes que celebren la Eucaristía ¿No querrás colaborar con Él para que las multitudes hambrientas puedan sentarse a comer su pan a su mesa (Pa-

labra y Eucaristía)? Entonces serás responsable de que Cristo hoy no pueda seguir alimentando a las multitudes y de que muchos no le reconozcan como Dios.

¿Qué podemos hacer para que nuestras celebraciones y comuniones sean más auténticas?

II. LA FE DE LA IGLESIA

La Eucaristía, prenda de la vida futura (1404-1405).

La Iglesia sabe que, ya ahora, el Señor viene en su Eucaristía y que está ahí en medio de nosotros. Sin embargo, esta presencia está velada. Por eso celebramos *“mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo”*. De esta gran **esperanza**, la de los cielos nuevos y la nueva tierra no tenemos prenda más **segura**, signo más manifiesto que la Eucaristía, remedio de inmortalidad, antídoto para no morir sino para vivir en Jesucristo para siempre.

La Eucaristía y el hambre en el mundo: (1397).

Para recibir en la verdad el Cuerpo y la Sangre de Cristo entregados por nosotros, debemos **reconocer a Cristo en los más pobres**, sus hermanos. *“¿Has gustado la sangre del Señor y no reconoces a tu hermano? Deshonras esta mesa, no juzgando digno de compartir tu alimento al que ha sido juzgado digno de participar en esta mesa. Dios te ha liberado de todos los pecados y te ha invitado a ella. ¿Y tú, aún así, no te has hecho más misericordioso?”* (S. Juan Crisóstomo)

Participar de la Eucaristía bien dispuestos, para gustar el Pan de Vida: (1385-1386).

La Misa es un **banquete** porque la misa es, a la vez e inseparablemente, el **memorial** del sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la **comunión** en el Cuerpo y la Sangre del Señor. La celebración del sacrificio eucarístico se hace para que los fieles se

unan íntimamente con Cristo por medio de la comunión.

Los fieles **deben comulgar** cuando participan en la misa. El mismo Señor nos dirige una invitación urgente a recibirle en el sacramento de la Eucaristía: *«En verdad, en verdad les digo: si no comen la carne del Hijo del hombre, y no beben su sangre, no tendrán vida en ustedes»* (Jn 6,53).

La Iglesia nos **recomienda** vivamente a los fieles que recibamos la sagrada comunión cada vez que participamos en la misa; nos **manda** participar los domingos y días de fiesta en la misa y comulgar al menos una vez al año, en Pascua de Resurrección.

Debemos **prepararnos** para este momento tan grande y santo de recibir la Eucaristía en la Comunión. S. Pablo exhorta a un **examen de conciencia**: *«Quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Examínese, pues, cada cual, y coma entonces del pan y beba del cáliz. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo»* (1 Co 11,27-29). Quien tiene conciencia de estar en pecado grave debe recibir el **sacramento de la Reconciliación** antes de acercarse a comulgar.

Para prepararse convenientemente a recibir este sacramento, los fieles deben observar el **ayuno de una hora** prescrito por la Iglesia. Por la **actitud corporal** (gestos, vestido) se manifiesta el **respeto**, la solemnidad, el gozo de ese momento en que Cristo se hace nuestro huésped.

Por tanto, **para recibir bien la Sagrada Comunión** son necesarias tres cosas: **1º**. Saber a quién vamos a recibir (tener fe en la presencia viva de Cristo); **2º**. Estar en gracia de Dios (bautizado y sin conciencia de estar en pecado mortal) y **3º**. Guardar el ayuno eucarístico (no comer nada desde una hora antes de comulgar).

Ante la grandeza de este sacramento el fiel sólo puede repetir humildemente y con fe ardiente las palabras del Centurión: *«Señor, no soy digno de que entres en mi casa»*.

Los frutos de la sagrada comunión (1391-1401)

La Sagrada Comunión produce en nosotros los siguientes frutos: acrecienta nuestra **unión íntima con Cristo**; conserva, acrecienta y renueva la **vida de gracia** recibida en el Bautismo; nos **purifica** de los pecados veniales, porque **fortalece** la caridad; nos **preserva** de futuros pecados mortales al fortalecer nuestra amistad con Cristo; renueva, fortalece y profundiza la **unidad con toda la Iglesia**; nos **compromete** en favor de los más pobres, en los que reconocemos a Jesucristo; y se nos da la **pren- da de la gloria** futura.

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

«Yo, su cabeza, gobernaba en el cielo a la derecha de mi Padre, pero en la tierra mis miembros tenían hambre. Si hubieran dado a mis miembros algo, eso habría subido hasta la cabeza. Cuando coloqué a mis pequeñuelos en la tierra, los constituí comisionados de ustedes para llevar las buenas obras de ustedes a mi tesoro: como no han depositado nada en sus manos, no poseen nada en Mí» (San Agustín).

IV. LA ORACIÓN DEL CRISTIANO

*Este es el tiempo en que llegas,
Esposo, tan de repente,
que invitas a los que velan
y olvidas a los que duermen.*

*Salen cantando a tu encuentro
doncellas con ramos verdes
y lámparas que guardaron
copioso y claro el aceite.*

*¡Cómo golpearon las necias
las puertas de tu banquete!
¡Y cómo lloran a oscuras
los ojos que no han de verte!*

*Mira que estamos alerta,
Esposo, por si vinieres,
y está el corazón velando,
mientras los ojos se duermen.*

*Danos un puesto a tu mesa,
Amor que a la noche vienes,
antes que la noche acabe
y que la puerta se cierre.*

Amén.